

**COMENTARIOS**  
sobre la obra de Luis Landero  
**EL BALCÓN EN INVIERNO**



Cervantes .es

**Víctor Rufino Núñez**

**Febrero de 2020**

## Introducción

*El balcón en invierno*, es un texto que no se decanta ni por el género novelístico ni por el de ensayo. En él se narra en clave intimista la historia de los recientes antepasados de Luis Landero entre otras curiosidades de un pequeño pueblo extremeño, ambientada en la España rural de sus abuelos y padres, allá por los años de la recién acabada guerra del 36 al 39 del siglo XX.

La estructura del libro es como el juego sobre un tablero de ajedrez, pues salta en tiempos y lugares sin ningún orden pero con una cuidada colocación que procura a los lectores momentos de gratos recuerdos en sus propias vidas y de sus propios ancestros. Lo dice claramente al extraer el título (donde erró la estación pues correspondía al otoño) de su primer párrafo: “*Salí al balcón, a ese espacio intermedio entre la calle y el hogar, la escritura y la vida, lo público y lo privado, lo que no está fuera ni dentro, ni a la intemperie ni a resguardo, y entonces me acordé de un anochecer de finales de verano de 1964*”. (Página 31).

Su narrativa, al tratar los temas de forma intimista, utiliza al narrador-protagonista: “A veces me pregunto...”, página 43. Y también el narrador-testigo: “Tu abuelo Luis, por ejemplo.” (Página 48). El libro se lee bien.

La enjundia empieza ya en las páginas 47-48, al hacer una distinción clarísima entre ser de pueblo y ser campesino. (sic) “Eran dos mundos, el pueblo y el campo... El campesino (...) de un habla rústica, entreverada de vulgarismos, muy seseante y aspirante, de prosodia ruda y hermética, en el modo de vestir, en la piel y en las manos, embastecidas y curtidas por la intemperie y el trabajo, en los gestos, en los andares, en la torpeza a la hora de comer, de beber, de alternar”.

Luis Landero no define a la otra parte, a la gente de pueblo, la que vive entre calles asfaltadas y algún semáforo, aquella que, al tener el roce social que da la vecindad y la convivencia, adquiere por mimetismo esos valores externos *finos* tomados del ambiente que le circunda (el habla, la moda, el cuidado del cuerpo, las costumbres de los señores, la religiosidad local) los cuales, al no haber sido digeridos mediante el estudio, ni la educación, ni la experiencia, sino observados por la vista (el más engañoso de los sentidos) y el oído (el menos fiable al tener el sentimiento tan cerca), y por tanto sin profundizar en sus orígenes e intenciones, promueve la sonrisa de los capitalinos quienes, en su ignorancia, se resisten a reconocer que adolecen exactamente de lo mismo que les produce sorna ver en los otros, y que aflora en las palabras mal pronunciadas, en las frases aliñadas con tacos, en la estridencia de los colores de su vestimenta,

en la ostentación al relatar de forma prosaica el viaje más interesante...

Y esto da pie para decir que la clase burguesa de formación no exclusivamente financiera, la que tuvo el poder económico suficiente para aunar educación y cultura, la que caminó con elegancia porque pudo y supo elegir la ropa hasta considerarla una segunda piel, fue la que legó al mundo ese epicureísmo que distingue a las personas: el que hace que su presencia haga a los demás reconciliarse con el género humano, el que consigue que con ella todo el mundo se sienta a gusto e integrado porque amolda su habla al pensar de los oyentes, en resumen: el que hace *del saber estar* con la bonhomía como bandera y la sindéresis como única vía, que se cumpla, como una faceta más de la vida, el viejo adagio *En la mesa y en el juego se conoce al caballero*. Y ese legado ya no es exclusivo hoy de ningún estrato social sino de la única raza que existe: la raza humana.

También da pie para ponderar los valores aportados por los illetrados en todos los campos y en todas las épocas: esa forma de suministrar información a la comunidad al leer en las cabañuelas y predecir el tiempo atmosférico; ese recoger el fruto de años de experiencia en la medicina natural y hacer revivir a moribundos desahuciados por la ciencia; ese ejemplo de cómo sobrevivir que dan los desfavorecidos para sacar adelante a los suyos; esa alegría de vivir que se puede conseguir al anteponer la buena compañía a los pocos

medios; esa solidaridad con el igual caído en desgracia del que no esperan que les devuelva nada; ese canto coral susurrante que unas madres silabeaban con tanto amor que actuaba de sedante ante unos niños hambrientos; ese desprendimiento de la vida que hace que un padre dé un paso al frente ante un pelotón de fusilamiento por la posibilidad de que maten a su hijo de igual nombre y apellido cuando es nombrado para el paredón; esa candidez que les hace confiar en un mañana igual, al aceptar el presente como natural y bienaventurado porque al menos tienen salud, y dejar para el más allá la felicidad plena...

Pero todo haz tiene su envés. También existe el que consigue salir del hoyo y lejos de acordarse de los viejos tiempos y ayudar a sus otrora compañeros, se jacta de haberse desclasado y echa pestes de los suyos acusándoles de falta de redaños, de no saber aprovechar las oportunidades, en definitiva, de torpes. Esta situación queda reflejada en la página 84. El padre de Luis quiere que se convierta en abogado para que vuelva al pueblo con aires de superioridad (sic) “Donde tú hables callarán todos, también la gente *gorda*...” Pero Luis le sale *rana* a su padre (página 87) porque se afilió a la literatura, a su decir “(...) un pequeño reino que ya no era del todo de este mundo, y en el que vivía a salvo de contradicciones y amenazas”.

## La literatura en este libro.

Luis Landero en las páginas 21 y 22 se define como escritor y me retrata como tal: (sic) “[...] un tipo inseguro, que descrea de sus cualidades y tiende a pensar que sus éxitos (en mi caso entre mis amigos lectores) son solo un equívoco, y que ya aparecerá alguien que lo desenmascare y lo muestre ante el público como lo que es: un impostor]”. Me evoca una frase que define toda una manera de estar en la vida: “Era tan inteligente que carecía de vanidad” (T.S. Eliot sobre Ígor Stravinski).

En la 189 describe algo que es de envidiar: la suerte de haber tenido un guía que le llevó, al menos al principio, por el intrincado mundo de la escritura: (sic) “Un hombre elegante en todo, en su manera de vestir, de moverse, de hablar, de escuchar, de tratarnos, y sobre todo, en el sabio manejo y dosificación de la ironía y de los silencios. O, si se quiere, en el arte de sugerir, de acompañarnos en la comprensión de las cosas no hasta el final, sino únicamente hasta el punto en el que ya nosotros podíamos hacer solos y por nuestra cuenta el resto del camino”. Lo dicho: para envidiar.

En las páginas 172 y 173 demuestra el valor de las conversaciones de los mayores iletrados: “Y así, todo un mundo de fantasía y de palabras malabares vino a poblar mi infancia. Aquellos dichos y relatos fueron los libros que no tuve”. A la par que en la 156 hace una buenísima descripción de las vivencias que conlleva el

mundo del comercio, ese oficio otrora denostado como vil al basarse en el porcentaje de engaño que conlleva la transacción y en que el vendedor no participa en la manufactura del producto, pero que se olvida en su juicio a valorar lo que supone el estudio del producto para la demostración de su utilidad, y del comprador para analizar sus fortalezas y debilidades, y que el viajante, por venir de otros lugares, siempre tiene novedades que contar. Véase un buen ejemplo en el magnífico libro *El viaje de Baldasare* de Amin Maalouf.

En la 85 el autor habla de la adquisición (y por mucho tiempo su único tesoro en propiedad) del libro *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*. Ese libro llegó a mi hogar de niño por inquietud de mi padre (quien no era una persona ilustrada) y que usó la táctica de dejarlo en la pequeña librería de la casa como al descuido, a ver si alguno de los integrantes *picaba* y lo leía. El caso es que aún recuerdo pasajes de memoria de *Proclamas de un solterón*, de autor anónimo y de *A buen juez mejor testigo* de José Zorrilla.

Pero donde Luis Landero demuestra que es un enamorado de la literatura es al describir en las 113 y 114 la maravillosa interpretación de un pasaje del libro de Flaubert *Madame Bovary*. Ese autor nos quiere hacer ver cómo Charles se enamora de Emma. Nosotros los lectores oímos caer y estamparse las gotas heladas sobre la seda tensa, vemos la sonrisa de Emma, su cutis pálido levemente dorado, sentimos la atmósfera tibia de intimidad que se crea bajo la sombrilla, como un

refugio contra la cruda realidad de afuera, y como un anticipo del hogar y de los mansos y cálidos placeres conyugales...

Y aquí es donde aparece escrito a mano, como una nota marginal esta maravilla de apreciación de Luis Landero: “Esas gotitas cayendo sobre la sombrilla son los latidos del corazón de Charles. Esa es la banda sonora de la escena que anuncia y proclama el triunfo del amor”. Esto solo lo puede escribir un enamorado de la literatura que sabe que la novela es el arte de pintar con palabras. Enhorabuena, Luis Landero.

## Las alienaciones en este libro.

Luis Landero nos hace ver en las páginas 83 y 84 que a las formas más usuales que tiene la sociedad para manipular a sus integrantes (la religión y los medios de comunicación), hay que añadir otras sutiles y sibilinas: las canciones románticas. Todas son alimentadoras de fantasías pero a las últimas les da suma importancia. Solo hay que ver cómo denomina a los cantantes: “Nuestros jefes sentimentales”. Sobre la religión habla de cómo su paso por un colegio religioso durante cuatro tiernos años le supuso un arrebató misionero. Dos curas se prestaron con rapidez a abonar aquel terreno virgen, y solo la convicción de su padre acerca de que había invertido en otra cesta con miras mayores le salvó de algo de lo que se hubiera arrepentido. No obstante y aunque hoy se reconoce no creyente



(página 22) hace el signo de la cruz como un reflejo en los momentos de apuro. Es una superstición que no ha conseguido erradicar.

La Iglesia sigue, aún hoy, (y con rivalidad con otras religiones, y entre órdenes y hermandades de la empresa transnacional Iglesia de Roma) con la estrategia de recorrer pagos para captar a los hijos de las familias que no tienen medios, al hacerles ver las ventajas que supondría para ellas y también para los chicos, el acceso a los estudios eclesiásticos. El desarraigo de estos niños hacia sus familias una vez captados era y es, total. Luciano, sacerdote salesiano en Tenerife cuando ejercí de profesor en los años setenta del siglo XX, me decía que la distancia en kilómetros era tan grande y los medios de transporte tan escasos que, en su caso, recibía la visita de su madre una vez al año.

Luis Landero dice (página 174) que en su entorno campesino nunca se hablaba de Dios, que eso era (sic) “(...) para la gente *gorda*”. Extremadura tuvo el récord de pobreza en la España rural de aquel tiempo y no es de extrañar que los misioneros no llegaran hasta allí por la falta de comodidad que su acceso suponía. Allí estaba ubicada la región de *Las Hurdes*... Una anécdota de Tenerife vale para aquí. Afur es un pago del norte ubicado en la zona de Anaga que pertenece al municipio de Santa Cruz de Tenerife, o sea, el de la capital de la isla. Hasta los años setenta del siglo pasado estaba muy mal comunicado. Se accedía con mucha dificultad por veredas sinuosas...

El autobús dejaba al viajero en la zona de la Cruz del Carmen, y de ahí en adelante todo era caminar en una interminable bajada que después había que volver a subir. Un día que se murió un ciudadano de Afur se dio aviso para que un cura le hiciera el sepelio. Se cuenta que el cura emprendió aquella bajada y al ver que era interminable llegó a un rellano desde el que se veía Taborno y desde aquella altura quizá se sintió Papa, pero en vez de dar la bendición *urbi et orbi* profirió otras palabras mientras hacía la señal de la cruz: “Como guirres viven y como guirres mueren”. Y tomó el camino de vuelta.

### Anécdotas de este libro que hacen pensar.

a) Como si el tráfico de influencias fuera de lo más normal, Luis Landero nos dice en la página 82 que entró de oficinista en la Central por recomendación, esa ventaja desleal que discrimina a los no relacionados con los instalados, a la vez que define a los sumisos que colaborarán con el espíritu de la jerarquía. En la época de Francisco Franco como Jefe de Estado de España la recomendación era empleada para sacar de prisión a un allegado acusado de no colaborar con el régimen, pero luego, *la práctica* (que no el invento porque el tráfico de influencias venía de lejos) se extendió para cualquier faceta social, desde conseguir un empleo (y a veces dos) para los ganadores civiles y falangistas con carnet, aumentar la calificación a un alumno en un examen de grado, exonerar a un chico del servicio militar obligatorio o conseguir una obra municipal en una subasta en la que

nunca se abrieron plicas. Luego vino la democracia y el nuevo Jefe de Estado, en su primer discurso, advirtió a los españoles que con él nadie iba a obtener un privilegio... Cualquier espectador aséptico diría que ha seguido todo igual. La única diferencia es que hoy los periódicos ventilan noticias con más libertad y antes la información no se daba al público.

Pero de una manera objetiva sí se ha erradicado con la democracia aquellas leyes franquistas que hacían de la igualdad de oportunidades una quimera. Ahí sí que habría que reconocer que la democracia se *rayó un millo*. Para empezar la casta de los religiosos no hacía la mili (excepto las habas contadas que hacían el papel de capellanes en los cuarteles y que podían seguir luego en la escala militar hasta el empleo de capitán). Hoy, con la democracia, como el servicio militar no es obligatorio, la antigua exoneración a los religiosos ya no tiene caso.

Por otra parte, a aquellos que fueron premiados como méritos de guerra con dos empleos oficiales se les obligó a dejar uno, a su elección.

Pero aún queda otra casta: la de las fuerzas armadas. ¡Llor a los campeones! Antes, y permitido por la ley, un militar colgaba su uniforme (continuaba con el cobro de su paga) y se buscaba un puesto en la administración del estado (léase sindicato vertical, hacienda, ministerios, ayuntamientos, etc.), o se iba a la empresa privada a

cobrar millonadas (léase pilotos de aviación en las líneas comerciales). Pero fuera del ejército no perdían los privilegios de gratuidad en los transportes o de rebaja en sus economatos. Hoy, al ser funcionarios de las fuerzas armadas, la duplicidad anterior la han perdido. Y los que hoy son jefes instrumentalizan igual que antes a los ordenanzas en sus casas particulares como sirvientes (aunque la ley solo les obliga a la limpieza de zapatos y botas y a traerles el periódico), y sus residencias y clubs de recreo han sido levantados (y hoy igual), por los reclutas que en los centros de instrucción tenían (y tienen) la cualificación adecuada (los menos) y como peones (los más).

b) En la página 203 Luis Landero trata el caso de la familia por parte de su madre. La pareja formada por sus abuelos maternos constituyó una saga con hermanos e hijos hasta un número que pasaba de veinte. Vivían en unas casas construidas por el abuelo varón para todos ellos, alineadas en dos filas, como un trozo de calle. Una vez que pasó un merchante con una máquina fotográfica se hicieron una foto en plan tribu que es la que se conserva y la única que existe de la madre de Luis antes de casarse.

Esto me evoca una anécdota que contaba nuestro Juan Tacoronte, el director de la escuela de teatro de Santa Cruz de Tenerife, en una actuación histriónica al aire libre en El Sauzal, durante una actividad cultural que el ayuntamiento patrocina todos los

agostos. El caso era muy similar, una gran familia campesina ubicada en nuestro sur de la isla de Tenerife y que, *in pectore*, presidía una matriarca de avanzadísima edad. Y un día se encaprichó con el deseo de hacerse una foto con todos. Hubo que fijar fecha y comprometer al fotógrafo del pueblo de al lado. El día del acontecimiento fue una fiesta que empezó desde bastante temprano. Los padres, tíos, hijos y nietos estaban muy animados y le dieron de beber a la matriarca una ingesta de alcohol a la que no estaba acostumbrada. Y antes de que viniera el fotógrafo y a resultas de un *jamacuco*, murió. El caso era que al fotógrafo había que pagarle no solo el encargo artístico sino el transporte y, para que aquel acontecimiento no entrara en pérdidas baldías decidieron hacer la foto como fuera. Y ahora ya se entra en la parte del sainete. Todos apiñados con la abuela en el centro a la que habían arreglado la cara con sus mejores afeites, y para lograr que sus ojos permanecieran abiertos colocaron a una nietita detrás de la difunta para que con sus manitas hiciera tensión hacia atrás en sus párpados.

Y la foto se hizo.

FIN